

VICENTE BLASCO IBAÑEZ: LECCIONES DE UN CENTENARIO

POR

RAFAEL CONTE

Cien años es un plazo considerable. Suele decirse que el tiempo —ese aliado y enemigo— suaviza, clarifica y concede perspectiva. Y sin duda, un siglo es un período de tiempo lo suficientemente respetable como para arrojar luz sobre la más sombría tempestad, política, ideológica o cultural. A principios de este año que finaliza se cumplieron los cien del nacimiento de una extraña figura de la literatura española, de un hombre que provocó con su vida y su obra auténticas tempestades, adoraciones fervientes y odios pertinaces, cuyo nombre ha sido bandera y símbolo omnicomprendidos, de tal manera que muchas veces lo que ha sido defendido o atacado bajo su lema, poco ha tenido que ver en realidad con lo que hizo y dijo a lo largo de su vida.

Vicente Blasco Ibañez es indudablemente una de las figuras más interesantes de la historia contemporánea española, tanto literaria como política. En ocasiones, una sospecha estremecedora asalta al lector que se pone en contacto con su obra: la de que el escritor, rodeado de sus fervorosos partidarios, y de sus apasionados enemigos, estuvo, en el fondo, profundamente solo. Pues solitario ha quedado hasta hoy, entre la envidia y la pasión, en medio de esa doble injusticia que le han infringido, a su obra y a su memoria, el amor y el odio.

Ni siquiera ese respetable plazo, estos cien años transcurridos, han posibilitado la aparición de la serenidad; no es extraño el hecho. La figura de Blasco ejemplifica como pocas la dialéctica nacional, ese desgarramiento colectivo que de manera tan espléndida expuso hace unos años don Pedro Laín. La contradicción fundamental de su patria, la bipolarización hispana, legendaria y perenne, ha provocado la esencial configuración de la vida y la obra del escritor valenciano, y su estela conflictiva ha perdurado a lo largo de este siglo, imposibilitando cualquier intento serio de clarificación del fenómeno blasquista.

El hecho no es nuevo. Constatarlo parece muchas veces molesto, pero no por ello deja de ser necesario. Y las consecuencias son graves para el perfecto entendimiento de cualquier fenómeno histórico o cul-

tural, esto es, para nuestro propio conocimiento, para el entendimiento de nosotros mismos. Si la excepcional figura de Ortega y Gasset puede ser radicalizada en manos de sus partidarios, y sobre todo de sus enemigos, pudiendo convertirse en bandera intelectual de posturas culturales «condenables»—como de hecho lo ha sido en épocas no muy lejanas, y de ello queda constancia en numerosos libros sobre su «heterodoxia»—, poco cabe extrañarse ante el hecho de que otras figuras, intelectualmente menos lúcidas, sufran idénticos desfases ópticos. Ortega, hoy, en el panorama cultural de Occidente, es un sociólogo de tendencias conservadoras, una de las cabezas clave de este tipo de pensamiento—dentro, claro está, de la intelectualidad racional europea—y su respetable figura ha ocupado su debido puesto en la historia de la cultura universal. De ahí que toda acusación de heterodoxia—y, por consiguiente, algunas de las defensas que se le han otorgado innecesariamente—resulte ridícula, y, en el caso de las acusaciones, miserables y trágicas.

Si esto sucede con figuras, como la del sereno, aristocrático y racional Ortega, ¿qué puede pasar con el «revolucionario» Blasco? El desfase nacional adquiere en este caso caracteres de idolatría y mezquindad, de elogio indiscriminado y papanatas, o de miserable e irracional negación. Su centenario, ahora, en pleno diciembre de 1967, puede decirse que no ha clarificado nada. Ha servido, eso sí, para la aparición de algunos libros, de algunas biografías o de escritos casi inencontrables—siempre valiosos, y en alguno de los casos de gran calidad e interés—, pero muchos menos de los necesarios.

En efecto, el centenario de Blasco Ibáñez pone de manifiesto un hecho lamentable: la ausencia de una edición crítica de las obras del autor. De Blasco, como de Baroja o de Valle-Inclán, el público español carece de una edición mínimamente rigurosa de sus obras completas. Moverse por el mundo de las letras españolas suele deparar sorpresas de este tipo. Aparte de la edición de *Obras completas*, en tres volúmenes, existente en una célebre y extendida colección de lujo—donde por cierto es uno de los éxitos editoriales de la colección, reeditadas muchas veces—, y de sus novelas incluidas en otra colección, denominada sintomáticamente «Autores Españoles Contemporáneos», donde la gran mayoría de sus autores son escritores en plena capacidad de producción, no existen ediciones íntegras y críticas de Blasco. El novelista, pese a su inmensa popularidad, es muy parcialmente conocido, tanto por el desfase cultural aludido como por la inexistencia de ediciones adecuadas.

En efecto, Blasco escribió aproximadamente tres veces más de lo que se halla actualmente incluido en sus obras completas. Libros repu-

diados expresamente —¿y por qué no publicarlos con esta condena expresa?—, como los diez volúmenes de *La araña negra*, o los cuatro de *¡Viva la República!*, historias colectivas, traducciones, discursos literarios (sobre este tema se ha publicado recientemente un libro insustituible) y, sobre todo, sus discursos y escritos políticos, y sus reportajes y trabajos periodísticos, «La flor de un día», que Blasco no quería nunca volver a publicar, y en los que, sin embargo, tantas huellas de su talento dejó.

Vicente Blasco Ibáñez fue un hombre de acción, enamorado del arte de escribir. Político, líder de masas, orador de mítines, emigrante, colonizador, exiliado, condenado y preso, diputado, hombre de mundo, turista, periodista, bohemio juvenil, personaje célebre en el mundo y novelista por encima de todas las cosas, sería descabellado intentar comprender el sentido de su figura y de sus obras parcelando su producción, expurgando lo no conseguido, limitando y cribando sus libros. No puede comprenderse al literato sin conocer al político, ni a éste sin el periodista, ni al editor sin el viajero, ni al valenciano sin el agricultor en Argentina. Blasco—como todo hombre—es una totalidad, y esta totalidad es la que nos ha sido negada.

La celebración del centenario ha sido, además, vergonzante. Algunos artículos en prensa y revistas especializadas, comentarios apresurados, carencia de celebraciones oficiales, silencio en los ambientes científicos o universitarios. El humo de la prosa diaria. Pero, en verdad, ¿cabía otra cosa? La carencia de un material riguroso de estudio, y el desfase activo y dialéctico de nuestro panorama cultural, apenas permitían otra cosa. Estas líneas no pueden, por los mismos motivos apuntados, realizar un análisis medianamente riguroso de la obra de Blasco, aunque, al menos, confiesen el mismo pecado. Por ello este trabajo se ciñe a las lecciones de este centenario, y al menos aspira a poner sobre la mesa una serie de puntos de evidente importancia sobre un tema lamentablemente tratado. Y a apartar al escritor de la estela de Dios o del diablo, a purificarlo de su carácter de ídolo o de enemigo, por un racional punto de honestidad y deliberada fijación de límites. Blasco Ibáñez, ese desconocido, escritor desorbitado por tiros y troyanos, contradictorio, pletórico de vicios y virtudes, plantea, hoy, una serie de interrogantes de importancia decisiva para el panorama de la actual sociedad y las letras españolas.

REPERCUSIONES DE SU ACTIVIDAD POLÍTICA

Indudablemente, uno de los datos que más ha contribuido a fijar la imagen de Vicente Blasco Ibáñez como un elemento activista, polé-

mico y subversivo, dentro del panorama sociocultural del país, ha sido su especial talante político. En efecto, Blasco fue un activista en la plena acepción de la palabra. Desde muy joven se distinguió en las filas de los grupos republicanos, en plena época de la restauración monárquica. Fue prontamente procesado, condenado y exiliado político, y durante toda la primera época de su vida, hasta 1908 aproximadamente, su figura se convirtió en un elemento popular dentro de las algaradas políticas de su ciudad valenciana. En cierta ocasión, llegó a sufrir Consejo de Guerra y pasó catorce meses en la cárcel. Su lucha contra el poder constituido le condujo, sin embargo, a los escaños del Congreso, siendo diputado por Valencia en numerosas ocasiones.

Curioso avatar subversivo el de este hombre que ejerciendo de republicano activo, y colaborando en el combate frente a la monarquía, acaba en plena legalidad como representante político de sus conciudadanos. ¿De dónde puede surgir entonces la calificación revolucionaria de Blasco? Es un hecho a evidente, que los sectores conservadores del país aceptan a regañadientes la confrontación democrática, y, aun cuando ello ocurre, suele producirse un movimiento para expulsar de la legalidad a los grupos más radicales del progresismo. No obstante, si la legalidad constitucional fija amplios límites de confrontación de opiniones, estos grupos extremos son condenados en nombre de esa otra legalidad más rígida y sutil que se identifica artificialmente con la tradición española. Se trata, pues, de una condena extrajurídica, pero no por ello menos efectiva, una condena moral, fomentada por el decisivo peso que en la configuración del país poseen los sectores inmovilistas. Si pese a ello el marco político legal deja margen de actuación al extremismo progresista, este mismo marco político es susceptible de ser condenado.

Pero, ¿era Blasco un extremista? Realmente, si se consultan sus discursos y sus textos políticos, puede observarse que su radicalismo era más bien bastante templado. En efecto, Blasco no tiene nada que ver con el anarquismo ibérico, ni con los incipientes movimientos socialistas. Por el contrario, su ideología política se aproxima bastante—en frase de Joan Fuster—al radicalismo francés, concepción política de raíces pequeño-burguesas. Blasco es un hombre respetuoso de la propiedad privada, cuyo modelo político confesado es la organización de los Estados Unidos de Norteamérica. Esa mezcla de «egoísmo capitalista y romanticismo democrático»—en palabras del propio Blasco—constituye una doctrina política ideal para el fogoso valenciano. Blasco admira también la organización suiza, aunque «sólo para los suizos», y proclama en su vuelta al mundo que los «boxers» eran unos exalta-

dos, y que el gobierno colonial holandés sobre Indonesia era «dulce, tolerante y progresivo».

En *El militarismo mejicano*, Blasco atacó profundamente a la revolución del país azteca, que había caído en una rueda lamentable de luchas entre generales. Y se defendió de la acusación que fue lanzada sobre él, calificándole de agente de los Estados Unidos. «Yo estoy con el Méjico de las personas decentes. Me limito a criticar la pobreza en que vive el país por culpa de las incesantes revoluciones; censurar a los generalotes que prolongan la tiranía de un militarismo zafio; dolerse de que la anarquía mejicana no ofrezca remedio». Al final, en el colmo de su diatriba, Blasco llega a preconizar la intervención armada de los Estados Unidos para arreglar el problema mejicano, elogia el período de Porfirio Díaz—«no había libertad, pero sí paz y riqueza»— y se declara partidario del general Carranza, en contradicción manifiesta con sus opiniones antimilitaristas.

En realidad, seguir el pensamiento político de Blasco Ibáñez, suele ser una aventura intelectual lamentable, y una apasionante visión personal. Las grandes intuiciones de Blasco suelen iluminar extensas zonas de pensamiento plagadas de contradicciones, de total confusión y vehemencia. El mismo resumió su actuación política, en un fragmento esclarecedor: «He pasado gran parte de mi vida batallando inútilmente por derribar la Monarquía en mi país e implantar la República. He ido no sé cuántas veces a la cárcel por escritos atrevidos en los periódicos y por tentativas de revolución armada. Fui condenado por un Consejo de Guerra a presidio, y en él pasé año y medio, por haberme opuesto a la guerra de España con los Estados Unidos, y por ser partidario de la independencia de Cuba. He vivido en una pobreza ascética mientras fui político. No escribía libros; dedicaba todo mi tiempo a la causa revolucionaria, no podía ganar dinero. Jamás disfruté empleo alguno. No he tenido otro cargo que el de diputado; y fui diputado siete veces en un país donde esta función es gratuita y no se recibe un solo céntimo por sentarse en la Cámara. Soy ahora un vencido, lo reconozco».

Esta última frase augura una amargura sintomática. Blasco no llegó a ver la República de sus sueños, y es muy posible que mejor haya sido así. Su ídolo ideológico, en cuanto a pensamiento político, fue don Francisco Pi y Margall, en las filas de cuyo partido militó. Pero, en realidad, su credo se limitaba a un esquemático y superficial republicanismo. Era una dialéctica formal, la que subyugó la concepción política blasquista, que centraba la conquista de la democracia en el simple cambio de gobierno. Como es lógico, este esquematismo intelectual lo suplió el escritor con su demagogia callejera. Blasco fue

subversivo no por las metas que intentaba alcanzar, sino por los especiales métodos que siguió. Fuster constata también un dato esclarecedor: Blasco, gran orador de mítines callejeros, verdadero encantador de las masas —y hay testimonios de su atractivo sobre las multitudes hasta del propio Anatole France, a quien «barrió» en Argentina— no destacó luego como diputado en el Congreso. Efectivamente, en la cámara parlamentaria, las dotes de Blasco estuvieron apagadas. Lo suyo era el mitin popular, la algarada callejera, y, en último pero frecuente extremo, los motines y los bastonazos.

Esta actuación popular y demagógica del escritor, que como hemos visto no responde a un auténtico extremismo de sus concepciones políticas, caló, sin embargo, en el pueblo valenciano, donde el «blasquismo», que sobrevive pujante, ha llegado casi a ser una concepción del mundo. Además, la «Renaixença» valenciana fue un movimiento de alta burguesía, de un regionalismo aceptado por grupos selectos de intelectuales y clases altas. De ahí que Blasco no conectara, dado su especial sentido popular, con el regionalismo valenciano, prescindiera del idioma natal, y enfocara su literatura y su visión política tomando como norte y criterio las concepciones de la burguesía europea, más racionalizada que la española. La peligrosidad de Blasco estuvo más en los métodos que en su doctrina. Claro está, que esta doctrina tenía una serie de puntos diáfanos que chocaban con las tradicionales estructuras del país: combate abierto contra la monarquía, contra el militarismo, sentimiento anticlerical, franca oposición a las guerras coloniales, etc.

En realidad, los gestos asustan mucho más que las doctrinas, aunque ésta sea una consideración estrecha y superficial del problema, sin posible vertiente de futuro. Los gestos se agotan en sí mismos, y muy posiblemente, la gesticulación política de Blasco hubiera sido estéril de no contar con la imprevista ayuda que le prestó el conservadurismo español con sus condenas y simbólicas excomuniones. Toda acción produce una reacción, y el blasquismo fue la espita del progresismo valenciano, una espita confusa, incoherente si se quiere, pero tremendamente eficaz. Una espita que vislumbró sobre todo los resultados, el triunfo universal del novelista, apoteosis imborrable en el corazón de sus leales partidarios.

Pero, en cuanto a la auténtica subversión se refiere, la ingenuidad blasquista quedó bastante lejos de los movimientos socialistas o anarquistas, que son, sin duda, los extremismos verdaderamente peligrosos para cualquier régimen liberal o autocrático. Y no solamente eso —vuelvo a tomar una reflexión de Fuster, penetrante analizador del fenómeno político Blasco—, sino que la actividad política del escritor

arraigó en las masas populares levantinas, cegando los canales de subversión tradicionales. Bien es verdad que el proletariado no ha sido nunca la base fundamental del blasquismo, sino más bien los pequeños burgueses y las clases medias. Pero el atractivo operativo del planteamiento político del escritor y sus partidarios ejercieron una amplia y demagógica influencia sobre los sectores populares, que fueron parcialmente inmunizados contra las acostumbradas formas de subversión social.

Este balance no es, pues, ni positivo ni negativo. Así suele suceder con los fenómenos humanos, y quien se empeñe en encerrarlos en fórmulas simplistas cae en la superficialidad y el error. El talante político de Blasco fue progresivo para la España de su época, y falso en su raíz revolucionaria; el escritor predicó la revolución y la democracia, pero se equivocó, y fue simplemente un desmitificador del antiguo régimen, lo que ya es bastante, dada la caracteriología histórica del progresismo español. Junto con esta equivocación, la intuición de Blasco reluce en muchos puntos aislados. Pero sus intuiciones, extraídas siempre de la observación de un fenómeno concreto, son chispazos abstractos, formulaciones románticas e ideales. No resulta así extraño verle exclamar, a la vista del fenómeno político italiano y de la monarquía de los Saboya que «la democracia, como el sol, dora cuanto toca». Esta frase, de elogio a una dinastía real, viniendo de labios de un feroz y ardiente republicano es todo un prodigio de sentido.

Su amargura final, de la que la cita anterior en la que se autodenomina derrotado es toda una solemne declaración, puede unirse a otras formulaciones fascinantes, incoherentes e idealistas: «¡Ay de los pueblos que ahogan en sangre los ideales», o aquella otra más explícita de que: «A mí no me asustan las revoluciones porque destruyan, siempre que después sepan reconstruir». Blasco andaba por el mundo con los ojos abiertos y la pluma en ristre, y, realmente, no solía tener demasiado tiempo para meditar los temas. El escritor no supo encontrar sentido al fenómeno revolucionario más importante de la época histórica que le tocó en suerte vivir: la revolución rusa. Para un burgués occidental, admirador de la sociedad yanqui, que tan prodigamente le había ensalzado, la Rusia de Lenin era algo incomprendible. Y así lo dijo en alguna ocasión, en la que tildó a la revolución comunista soviética de «cosa de locos». Consideraba a Lenin como un asceta visionario, y para él, el fenómeno en su conjunto formaba parte de la magia irracional del mundo eslavo.

Pero Blasco, radical en España y progresista de orden en Francia, propietario y capitalista de las letras, tuvo una amargura revolucio-

na. El mundo le había arrebatado las banderas de la subversión. Su visión se tornará eminentemente pesimista, y, al final de su viaje alrededor del mundo, los acentos del escritor son lúgubres. Contrastando con la superficialidad de sus descripciones del Tercer Mundo (simple feudalismo colonial en su época), con el colorismo esquemático y fácil con que describe China, Japón, Java o la India, el cansado burgués que regresa a Fontana Rosa, frente al mar de la Costa Azul, es un hombre angustiado. Un hombre que acaba de ver el mundo, y esta visión no le ha resultado agradable ni tranquilizadora. Un escritor vital, de garra profunda, que ha visto la escasez de alimentos en el mundo, que la mitad de los hombres pasan hambre (y esto era un evidente optimismo, y lo sigue siendo), y que piensa si todas las tierras que acaba de ver no serán algún día «futuros campos de batalla». El mundo de Asia y Africa se levantará contra el hombre blanco, dijo Blasco, quien añadió: «Nuestros progresos son puramente materiales. Aún no ha llegado la revolución interior, la que inició el cristianismo sin éxito» (según Blasco). Sus últimas palabras son un alegato para «matar el egoísmo» de los dominadores, para que la «abnegación y la tolerancia» se extiendan por el mundo en crisis.

¿Es éste el peligroso Blasco Ibáñez? ¿No se trata más bien de un acendrado idealista, de un predicador torrencial y complejo, que operó durante toda su vida dentro de la más auténtica ortodoxia racional? La imagen del Blasco protervo, demoníaco y comecuras, desaparece por completo, y no es más que el recuerdo de un joven periodista impulsivo y militante, que intentaba sustituir un régimen normal—la monarquía—por otro sistema de gobierno tan razonable como aquél, la república. En el campo del pensamiento, la acción de Blasco no tiene demasiado de revolucionaria; para concluir con la última cita de Fuster: «Blasco no supone una lección de libertad, sino de aprendizaje de la libertad». Que no es lo mismo.

LA OBRA DE UN NOVELISTA MÍTICO

Vicente Blasco Ibáñez es el escritor español más traducido de toda la historia de nuestra literatura, después de Cervantes. Su triunfo, del que gozó plenamente en vida, no tiene parangón en los anales de nuestra literatura moderna. Blasco fue una personalidad mundial, y esta categoría la obtuvo única y exclusivamente por su obra literaria. Fue amigo de políticos y monarcas, viajó en triunfo por el mundo entero, fue uno de los escritores mejor pagados del mundo—mil dólares por un artículo, dos mil por un cuento—, sus obras se vendían

en tiradas millonarias, eran llevadas al cine, y terminó sus días en su villa de Fontana Rosa, en los alrededores de Mentón, rodeado de mármoles de Manises que representaban escenas regionales valencianas. Para ser un revolucionario no estuvo mal del todo. Y resulta admirable cómo en aquellos años de escasa difusión de la literatura, las obras de Blasco saltaron desde los ámbitos regionales a la fama universal, repentinamente, sin etapas intermedias.

El escritor era un novelista nato. Esto es algo inconcuso en la personalidad de Blasco Ibáñez, que, a los catorce años ya había escrito una novela de capa y espada, y antes de cumplir los veinte, escapado de casa por unos meses, trabajaba como amanuense al lado del célebre folletinista don Manuel Fernández y González que le indicaba las líneas maestras del argumento, para que el joven discípulo desarrollase los capítulos por sí solo. Posteriormente, su carrera de novelista se fundió con su trabajo de periodista, y en su diario *El Pueblo*, comenzó a publicar por entregas sus primeras obras, las pertenecientes al período valenciano. Así aparecieron *Arroz y tartana*, *La barraca* (sus dos mejores novelas, tal vez), *Flor de mayo* y los cuentos valencianos. Cuando editó *La barraca* en forma de libro, vendió setenta ejemplares. Blasco llevaba camino de convertirse en un escritor regional, de validez y ámbito limitados; pero un traductor e hispanista francés leyó *La barraca*, y la tradujo al francés, comenzando de esta forma un camino asombroso. En 1927, el escritor calculaba haber vendido más de un millón de ejemplares de aquella su obra primeriza. *Entre naranjos*, *Cañas y barro* y los cuentos de *La condenada*, completarían su ciclo regional, en el que también aparece una obra histórica, *Sonnica la cortesana*, escrita a imagen de la *Salambó* de Flaubert.

Su peregrinaje político le traslada por toda España, y la literatura puede ser también un arma en su lucha diaria. *La catedral*, *El intruso*, *La bodega* y *La horda* forman el ciclo de novelas sociales o de rebeldía, donde también resplandecen en gran medida sus naturales dotes de escritor. Madrid contempla con extrañeza a este valenciano impulsivo y pasional, a este hombre que empieza a ser un triunfador de la literatura, sin haber pagado el obligado tributo a la politiquería artística de la capital. Blasco saltó por encima de Madrid, de Valencia al mundo entero, y esto no le fue perdonado, ni siquiera por los grupitos progresistas. Su descuido, su vehemencia, su prolífica actividad, desbordaban los acostumbrados límites de la literatura nacional; en ocasiones, su vitalidad arrolladora chocaba con las respetuosas maneras que el arte exige, y a las que suelen sujetarse los estudiosos y cultivadores del arte con mayúscula. De la época madrileña, destacan *La*

maja desnuda, Sangre y arena (uno de sus mayores éxitos universales), *Los muertos mandan* y *Luna Benamor*.

A partir de 1910, Blasco abandona su actividad de político y escritor, y se consagra a la aventura americana, a su etapa de colonizador, de fundador de pueblos y colonias. Un viaje por la Argentina, donde sus conferencias tuvieron un éxito inenarrable, dio lugar a este lapso extraño, donde el escritor «quiere vivir y construir las novelas en la realidad, en lugar de sobre el papel». Allí, en Corrientes y en la Patagonia—de un lado a otro del país—el escritor funda dos colonias, «Cervantes» y «Nueva Valencia», mientras el mundo se aproxima a la primera gran catástrofe, la conflagración de 1914. El fracaso de sus ilusiones americanas fue debido a complejidades administrativas, a dificultades económicas, que motivaron la deserción—una vez más—de Blasco.

Su aventura dio lugar a un proyecto literario que quedaría también frustrado y del que solamente publicó dos episodios. Se trataba de un gran ciclo novelesco, en el que el escritor hubiera plasmado la realidad de todos los países hispanoamericanos. El prólogo, con el título de *Los argonautas*, apareció en 1914, y constituye una de las obras preferidas por el autor, pero quedó inconclusa. Años más tarde, en 1922, con *La tierra de todos*, intentaría proseguir el ciclo proyectado; pero eran otras las preocupaciones que asaltaron posteriormente al escritor.

En efecto, la guerra del 14 atrae a Blasco, como testigo y creador, y como artista beligerante, colocado al lado de los aliados. Poincaré posibilita que Blasco esté presente en los escenarios más directos de la conflagración, en las trincheras, al lado de los combatientes. América y la Guerra Mundial se entremezclan en el que había de ser el éxito definitivo del escritor, *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*. Nunca había estado Blasco tan en forma. Los acontecimientos parecían desbordarle, y el escritor, en plena efervescencia creadora, culminaba su obra famosa, que apareció en 1916. *Mare Nostrum* y *Los enemigos de la mujer*, completaron este grupo de novelas de la guerra. Terminada la lucha, Blasco es un escritor conocido en el mundo entero, célebre y rico, viajero ilustre, turista distinguido. La oportunidad había pasado por su lado, y el novelista había acertado plenamente en la diana. Hollywood le llama, los Estados Unidos se rinden a sus pies. Sus obras finales serán una simple prolongación del triunfo conseguido. Los escenarios en los que se mueve Blasco son los del mundo internacional, cosmopolita y elegante. En estos terrenos, Blasco se movía con igual habilidad, aunque con mucha menor autenticidad. *El paraíso de las mujeres, La reina Calafia, El fantasma de las de oro,*



VICENTE BLASCO IBÁÑEZ



Blasco visitando los arrabales de Reims



BLASCO IBÁÑEZ en el Palace Hotel, acompañado del señor Francés
y de «El caballero audaz»

o un ciclo de novelas históricas, en las que se exalta la historia española, y resulta curioso que su autor sea el mismo rebelde indisciplinado y subversivo de la primera época. *El Papa del mar*, *En busca del Gran Khan*, *A los pies de Venus* y *El caballero de la Virgen*. Dos años antes de su muerte, en una gran encuesta realizada en Norteamérica, Blasco Ibáñez ocupó el segundo lugar entre todos los novelistas del mundo. Sus viajes, sus reportajes, sus cuentos y novelas sobre la Costa Azul y el mundo elegante de su época, y su famosa *Vuelta al mundo de un novelista*, cerrarían el ciclo vital de este asombroso fenómeno literario, que se extinguía en 1928, en su chalet de Fontana Rosa.

Blasco ha sido acusado de oportunista, de mercader de la literatura, de fenicio de la novela. Los exquisitos y los simples estudiosos han estimado que el novelista prescindió de muchas cosas para lograr el éxito, entre ellas de una fundamental: el idioma. Otros le han acusado de mal gusto, de desmesura, de demagogia, y, en general, pese a lo que se diga, la estimación de Blasco en los ambientes literarios no es muy destacada. Sin embargo, una cosa resulta evidente. La obra de Blasco se leyó en su tiempo, se sigue leyendo en la actualidad —aunque en ritmo decreciente— y apunta a una meta que muy frecuentemente suele ser desechada por los escritores: el público.

Bien es verdad que escribir en función del público tiene un riesgo difícilmente soslayable. Halagar la facilidad, esquematizar los problemas, optar por lo sencillo y efectista. Blasco cayó de pies y manos en todos estos peligros, ya que no lo eran para su concepción de la literatura. Esto debe quedar claro. Blasco concebía su obra como un arma y un testimonio, y subordinó el aspecto artístico al impacto colectivo. Dueño de un instrumento expresivo de eficacia notable, un estilo intenso, colorista, apto para las más efectistas descripciones, el escritor usó a su capricho de este instrumento, halagó al público, pero fue tremendamente sincero. Esto era para él la literatura, y no engañó a nadie.

«Acepto la conocida definición de que la novela es la realidad vista a través de un temperamento. También creo, como Stendhal, que una novela es un espejo paseado a lo largo de un camino. Pero claro está, que el temperamento modifica la realidad..., el novelista reproduce la realidad a su modo, conforme a su temperamento». Estas palabras pertenecen a la célebre carta que Blasco dirigió a Cejador, y que constituye una especie de credo estético: «Para mí, lo importante en un novelista es su temperamento, su personalidad, su modo especial y propio de ver la vida. Esto es verdaderamente el estilo en un novelista, aunque escriba con desaliño».

Blasco es un producto híbrido, epigono del naturalismo, adorador del romanticismo, y que floreció en plena etapa modernista, cuando caducaban las formas tradicionales de hacer novela. Proust murió en 1922, el año de la aparición del *Ulises* de Joyce. De todos éstos acontecimientos, Blasco, hombre de letras y editor, apenas tuvo conocimiento, ni se preocupó de analizarlos, como tampoco el hombre político había conectado con los fenómenos públicos más importantes de su época.

Blasco no quería prólogos, ni estéticas, ni críticas, rechazaba cualquier clase de encasillados, no creía en escuelas ni clasificaciones. Todo ello sonaba a estudio, a ratón de biblioteca, a erudición estéril. Y para justificar su labor como artista hace uso de la magia, de lo irracional, y habla de la inspiración, de los mecanismos internos y psicológicos del escritor. En el fondo, era un romántico que utilizaba las técnicas del naturalismo. «Me enorgullezco de ser un escritor lo menos literato posible. Soy un hombre que *vive* y, además, cuando le queda tiempo para ello, escribe por una necesidad imperiosa de su cerebro».

VICIOS Y VIRTUDES DE UNA ESTÉTICA

«No creo en las novelas que se hacen con la razón, con la inteligencia. La razón y la inteligencia intervienen en la obra artística como directores y ordenadores. Tal vez ni siquiera dirigen ni ordenan, manteniéndose al margen del trabajo como simples consejeros. El constructor verdadero y único es el instinto, el subconsciente, las fuerzas misteriosas e invisibles que el vulgo rotula con el título de *inspiración*. Un artista verdadero hace las cosas porque sí, porque no puede hacerlas de otra manera». Y, en otra ocasión, Blasco añadió: «La razón, la inteligencia y la lectura pueden formar grandes escritores, inimitables escritores, dignos de admiración. Pero no serán nunca, con tales elementos, novelistas, dramaturgos o poetas: Para esto es preciso que intervenga lo subconsciente como factor principal; la adivinación misteriosa, el presentimiento, los elementos afectivos, que son, las más de las veces, diametralmente opuestos a los elementos intelectuales».

Una última cita, de la estética a Cejador, culmina el panorama del credo artístico blasquista: «Para escribir novelas hay que haber nacido novelista. Y nacer novelista es llevar dentro el *instinto* que hace adivinar el alma de las cosas, asir el detalle saliente que evoca la imagen justa, poseer la fuerza de sugestión necesaria para que el lector tome como realidad lo que es obra pura de la fantasía. El que no posea este poder, por grande que sea su talento y su ilustración,

escribirá un libro interesante, correcto y hasta hermoso al pretender escribir una novela; pero no escribirá nunca una novela».

Como es lógico, con esta formulación, Blasco evitaba todos los ataques «y a sus obras se remitía». Pero hay que hacer constar que todo ello era muy coherente, perfectamente comprensible, y en manera alguna ilícito o deshonesto. La función de escribir cumplía en él una clara misión de encantamiento y predicación, que obtuvo indiscutibles frutos. Lo que sucede es que este credo estético es en profundidad tremendamente incompleto. Y, tomándolo como base de actuación, el escritor falseó los propios principios de eficacia sociológica que propugnaba. En efecto, Blasco, intentando ser un escritor testigo, no consiguió ser, más que en contadas ocasiones, un escritor realista.

Las novelas de Blasco, bien detalladas, interesantes y populares, no son realistas. Son esquemas morales y políticos adecuados a un escenario y con unos personajes extraídos de lo real, pero que no tienen nada que ver con ello. En su primera época, donde el escritor elabora sus obras más conseguidas, la realidad aparece a su pesar. Blasco conoce su región, la ha vivido sin necesidad de análisis, y sabe presentarla de la mejor manera posible y con una sugestión formal evidente. De ahí que los logros estéticos de *La barraca* y *Arroz y tartana* no fueran superados por el resto de su obra. A partir de su exilio, forzoso primero y voluntario después, de sus escenarios vitales, la realidad de las novelas de Blasco son esquemas fotográficos, postales turísticas inmejorablemente elaboradas. Todavía en *La catedral* y en fragmentos de otras obras de su mismo grupo, la intención argumental del escritor se apoya en datos reales, aunque los argumentos políticos fueren a los personajes, los claven como mariposas en la mesa del entomólogo, de tal modo que la tragedia de Gabriel Luna no es más que un tópico revolucionario, puesto en pie con poca vida real.

Un escritor que intenta ser realista. Que es dueño de una prosa sugestiva y poderosa, y cuyos esquemas y concepción del mundo son progresivos y potentes. Y sin embargo, este mismo escritor construye obras falseadas. ¿Cuál es la explicación de este fracaso?

Solamente hay una. La ética está condicionada por la estética, de tal manera que si el fin no justifica los medios, estos mismos medios sí condicionan el fin que persiguen. Quien emplea medios inadecuados, verá modificados peligrosamente sus objetivos finales. Y Blasco prescindió de la propia arma que le había sido otorgada. Su trayectoria artística es la inversa que siguió otro gran contemporáneo suyo, Ramón del Valle-Inclán. Mientras éste último, mediante una ascēsis

expresiva evidente, un abrumador cuidado de su arte, fue modificando sus posiciones intelectuales hasta lograr la unidad perfecta de su testimonio y su instrumento literario, Blasco, progresivo—con las limitaciones expuestas al principio de este trabajo—y fabulosamente dotado, se lanzó por el camino de la facilidad, de la sencillez simplificadora, y su testimonio sufrió un evidente proceso de falseamiento. La interrelación de estética y ética es un principio ineludible. Y el trucaje de alguno de los dos elementos lleva a la perversión del resultado.

No hay que olvidar que pese a la filiación naturalista del escritor valenciano, discípulo de Zola, su modelo admirado fue Víctor Hugo. El mismo proceso simplificador que padeció su actividad política, perjudicó notablemente su obra literaria. Pero este balance pudiera parecer negativo; tampoco lo es. Blasco subrayó un principio evidente de la literatura, frecuentemente olvidado por los artistas y estudiosos de gabinete. Que la literatura no puede existir sin lectores. Que se escribe en función del público. Y que la novela debe cumplir una función masiva. Blasco dio solamente en la mitad del objetivo; pero su lección popular es evidente. Se acercó siempre a los grandes temas del momento, no eludió ninguno de los puntos críticos de la hora que le había tocado vivir. Este sentido de lo popular, y este acercamiento a los problemas del presente, ha colocado a Blasco Ibáñez en un lugar privilegiado en la historia de la literatura. Porque, con sus vicios y sus virtudes, con sus contradicciones y su inmenso poder de sugestión, Vicente Blasco Ibáñez fue un considerable novelista y un testigo—grueso, a brochazos inigualables—de su historia, de su patria y del mundo. No todos podrían decir lo mismo. No cabe ante este novelista apasionado la condena a ultranza o la alabanza indiscriminada. Este centenario es buen momento para la recapitulación, de la que estas notas apresuradas sólo intentan ser una guía somera. Blasco fue un considerable escritor, un novelista que contó con lo más difícil de conseguir. Pero su testimonio permanece incompleto. De ahí que la criba sea necesaria, urgente e ineludible. Probablemente la edición de sus numerosos escritos hoy inencontrables podrían aclarar muchas cosas. Y esta afirmación puede ser al tiempo una petición, en un buen momento para hacerla. No hay ídolo Blasco, ni diablo Blasco, sino simplemente un hombre de su tiempo, escritor dotado como pocos, y una obra sugestiva, interesante y parcial, como suelen ser las obras de los hombres.

RAFAEL CONTE
Avenida Donostiarra, 16
MADRID-17